

## La Hermandad

por Lacros Gapan

“La enfermedad era incurable. Mi única esperanza era la morfina, cuyo efecto el dolor mitigaba tenazmente. Mi consuelo, más allá de mi familia y de mis amigos, era el doctor. Debo reconocer que, a partir de determinado momento, me dispensó un trato de favor. De manera repentina, cuando prácticamente tenía asumido lo inevitable, en un instante de intimidad de ambos, me hizo la gran proposición, que hasta ese momento sólo pude haber soñado: “Todavía está a tiempo de salvarse”, me dijo, con tanta solemnidad como si formase parte de un ritual. “Pero su salvación no se la proporcionaré este hospital, ni ningún tratamiento o medicina que yo le pueda suministrar. No obstante, puedo ponerle en contacto con la persona que le puede sanar. Si usted quiere intentar esta última solución, yo se la brindo.” En aquel momento, yo estaba tan desesperado y tan débil que ni siquiera inquirí los detalles. Lo único que añadió fue que mi salvación *conllevaría algunos sacrificios* y yo le respondí que no me importaba, que a cambio de la vida soportaría cualquier cosa. El doctor invitó a entrar a la habitación a un compañero, enfundado en una bata blanca idéntica a la suya. Se presentó con un nombre que ni siquiera recuerdo y me dijo: “Veo que mi hermano ya le ha planteado la solución a su enfermedad, aunque imagino que no habrá sido muy explícito en cuanto a la naturaleza de la proposición que debemos hacerle. Yo voy a ser muy directo. Mi hermano y yo formamos parte de una antigua y venerable sociedad secreta. No piense, por supuesto, que le estoy hablando de alguna secta nociva; se trata de una Hermandad cuya única misión y cuyo único designio es la felicidad y el bienestar de los hombres. Históricamente esta sociedad ha levantado algunos imperios y ha hecho

caer a otros; ha promovido a grandes personajes, a los que ha orientado para la consecución de sus filantrópicos fines y también ha propiciado el declive de otros. Le ofrecemos entrar la Hermandad, lo cual ha de tomarse como un privilegio, pues una de nuestras primeras normas es la rigurosa selección de los candidatos. Usted ha sido elegido por mi compañero y, yo, después de escuchar sus informes, ratifico su decisión y le ofrezco el ingreso en nuestra obediencia. Nosotros podemos ofrecerle la curación de su enfermedad porque disponemos de secretos vedados al resto de la Humanidad. Lo único que le pedimos a cambio es jurar sumisión a la Hermandad y sus Hermanos Supremos y Benefactores; obediencia pura y simple, sin ninguna restricción mental. Su vida, al igual que la mía y la de mi compañero, quedará así consagrada a los benéficos designios de nuestra Hermandad.” Esto fue más o menos lo que me dijo aquel hombre, aunque no se expresaba con mis sencillas palabras, sino que utilizaba términos ampulosos, como *Órdenes Venerables*, *fines grandiosos*, *Grandes Benefactores*, *Grandes Misterios*, *Nuestros Antecesores*; adornaba sus palabras con adjetivos muy enfáticos. Inmediatamente, tuve que prestar un juramento ritual según una fórmula larguísima que me dictaban palabra a palabra y que yo repetía, entendiendo solamente el fondo del asunto y sin prestar atención a lo que decía, ya que el dolor, la angustia y la incertidumbre no me permitían comprender aquel larguísimo monólogo. Al terminar el ritual, el maestro de ceremonias clavó una jeringuilla en mi bolsa de suero, que se mezcló con un fluido apenas distinguible. Rápidamente, sentí sueño y caí inconsciente, sin poder pronunciar ninguna palabra.

“Pero, si bien no era capaz de levantar los párpados ni de mover ningún músculo del cuerpo, ni siquiera de sentir nada, sí que podía escuchar todo lo que sucedía a mi alrededor. Pude oír cómo susurraban aquellos dos hombres y abandonaban la habitación. Entendí perfectamente las palabras del médico que, alertado por la enfermera, acudió a mi cama e hizo lo posible por reanimarme: me administró electrodos, me infligió un

masaje cardiaco, y finalmente, certificó mi muerte, con unas palabras que tuve que escuchar forzosamente impasible. Y, sin poder comunicarme de ninguna manera, soporté las expresiones de dolor de mi familia en el velatorio, y después los ruidos de los clavos que cerraban la tapa de mi ataúd, así como de la tierra que lo cubrió. Pensé que todo había sido un sueño, que el ritual nunca existió, ni la Hermandad tampoco, que todo era un delirio producto de mi enfermedad y de mi agonía. En otro momento soñé que quizás aquellos dos médicos, imbuidos de alguna ideología radical, se dedicaban al exterminio de los individuos inútiles. Creí que la conciencia de los muertos seguía con vida para toda la eternidad, lo que explicaba que no sintiera nada de mi cuerpo y que mi alma quizás tardaría un tiempo en escapar de mis restos mortales y ser libre.

“Horas después, sucedió algo que quebrantó todas las hipótesis: mi cuerpo empezó a despertar. Sentí un abotargamiento en todos mis músculos y me dolieron los huesos por la postura largo tiempo mantenida. Finalmente pude mover los miembros y levantar las manos, que se toparon con la madera fría e insolente. Sentí un terror espantoso. Sabía que el aire terminaría pronto, porque ahora sí sentía que estaba respirando, lo que hasta ese momento no había advertido. Me rendí y pensé que cuando más me alterase, más oxígeno consumiría. Como una remota esperanza surgió el recuerdo de mi iniciación en la Hermandad. Quizá *mis hermanos* me sacarían de allí. Recordé que el rito de iniciación hablaba de la *muerte de la vida anterior* y del *nacimiento del hombre nuevo*. Pero, con el paso de las horas, perdí la esperanza. Sucumbí a la asfixia y perdí el conocimiento. Desperté mucho tiempo después, en un lugar similar a un hospital, pero más sombrío y austero. Oí la voz del hombre que me inició en los misterios de aquella secta: “Hermano, estás curado; pero no solamente tu cuerpo ha llegado a su plenitud, sino también tu alma, porque el designio que te ha traído hasta nosotros está pronto a cumplirse. Te aseguro que tu vida, a partir de ahora, será luminosa como una estrella. Ahora debes descansar; duerme y prepárate para enfrentarte a tu destino.”

“Desperté muy aturdido, abrasado por los rayos del sol, tumbado sobre el asfalto. Me incorporé muy mareado. Apenas pude caminar unos metros hasta toparme con una pareja de policías. Sin darme tiempo a pedirles ayuda, uno de ellos desenfundó, se abalanzó sobre mí y me golpeó el rostro con su pistola. Después de caer al suelo, me siguió golpeando en la cabeza, hasta que perdí el conocimiento. Pasé mucho tiempo en un hospital, estrechamente vigilado. La información sobre la causa de mi detención fue goteando poco a poco. Oí hablar de un *magnicidio*, del asesinato del *gran hombre*, de un fusil y de que mis huellas estaban impresas en él. Con el tiempo mejoré de mis heridas, pero los daños que sufrí en el cerebro no remitían. Los médicos lo imputaban a los golpes que había recibido por la policía, causados, según el atestado, porque me resistí *violentamente a la acción de los agentes de la Autoridad*. Pero la pérdida de la memoria y el aturdimiento eran los mismos que sentí en los instantes previos a que los agentes me propinasen los golpes. Con el tiempo me he dado cuenta de que, si perdí durante un tiempo la memoria, fue por culpa de alguna intervención a que fui sometido cuando mis *hermanos* supuestamente *curaron* mi enfermedad para que pudiera servir a sus *filantrópicos* fines. Me sentía como un completo imbécil; no recordaba absolutamente nada.

“Cuando se celebró el juicio, yo llegué a convencerme de que era culpable, de que lo único que sucedía era que no recordaba haber cometido el famoso *magnicidio*. Las pruebas eran apabullantes. Había testigos que describieron cómo me habían visto salir de un edificio cercano al lugar del crimen, empuñar el fusil y soltarlo en el mismo sitio donde fue encontrado por la policía. Prácticamente no me defendí. Mi abogado — de oficio, ya que, si tenía recursos, no recordaba dónde estaban—, la única defensa que arguyó fue la de mi supuesta demencia. Finalmente, el Tribunal dictaminó que aquel era un crimen largamente gestado y minuciosamente preparado, por lo que era imposible estimar la existencia de demencia alguna ni de ningún arrebató que atenuase mi culpabilidad. Como un hecho inevitable desde el principio, fui condenado a muerte. Mi

abogado apeló la sentencia, pero en poco tiempo fue desestimado el recurso. El asunto llegó al Tribunal Supremo, que confirmó la sentencia.

“De eso hace ya muchos meses pero, lo cierto es que la Hermandad, en todo este asunto, sólo ha cometido un error: según parece, la intervención que me hicieron en el cerebro no ha funcionado. Desde hace aproximadamente dos semanas he recuperado la memoria. En un par de días reconstruí toda la historia. Mi primer impulso fue revelarlo inmediatamente, pero pensé que si lo decía a los funcionarios de la prisión, a mi abogado de oficio o incluso a un Juez, no sería creído, y todo se atribuiría a una demencia fingida, la misma que alegué en el juicio. Necesitaba llevar el asunto con la máxima eficacia. Por eso pensé que es usted la persona a la que me tenía que dirigir. Usted es el primer periodista de investigación de este país y tiene una credibilidad de la que yo carezco. Lo que le pido es que, aunque no sea por mí, aunque lo haga por su interés o su prestigio o porque resplandezca la verdad, procure que esto se sepa, se investigue y que no se ejecute a un inocente.”

El periodista te miró, tal como lo había hecho durante tu relato, aparentemente impasible, sin demostrar ninguna sorpresa. Permaneció callado unos segundos y, finalmente, para translucir alguna reacción, suspiró hondamente. “Lo más importante es que no le cuente absolutamente a nadie esta historia. Ya dispongo ciertos datos acerca de la Hermandad por investigaciones anteriores y necesitaba una historia como esta para desenmascararla. Yo me comprometo a investigar el asunto y a buscarle un buen abogado, cuya minuta será abonada por mi periódico. Le aseguro que voy a preparar un largo reportaje sobre el tema que saldrá publicado en pocos días.”

No tuviste ninguna noticia hasta que volviste a recibir la visita del periodista una semana después, ya que se te había impuesto un régimen de aislamiento absoluto hasta el cumplimiento de la sentencia. Sin decirte absolutamente nada pero exhibiendo una sonrisa de complicidad, desdobló ante tus ojos varias páginas que contenían el reportaje. Te enseñó —ya que no podía entregarte ningún documento, sino sólo mostrártelo— fotocopias de portadas de periódicos que recogían la noticia: se hablaba de la revisión de

tu caso, que además serviría para desenmascarar la secta más extendida, más antigua y más peligrosa del mundo. Se explicaba que un prestigioso abogado había asumido el asunto y había solicitado al Tribunal Supremo la repetición de tu juicio. Le preguntaste cómo era posible que hubiese hecho eso si tú no le habías otorgado ningún poder. El periodista te dijo que, para ganar tiempo, se tomó la libertad de imitar tu firma en la designación del letrado. Te insistió en que no hablastes con nadie sobre aquel asunto.

Aquella fue la mayor alegría que habías recibido en toda tu vida. Durante los días siguientes, luciste ante todos un optimismo desenfrenado, que causó el estupor de los funcionarios de la prisión. Recibías periódicamente la visita del periodista, que te mostraba las noticias que iban surgiendo sobre tu caso, la gran polémica que se había desatado en la sociedad, las investigaciones de la Policía Internacional sobre la Hermandad. Venía cargado de optimismo, que te iba transmitiendo con largueza.

Pero el tiempo transcurría y se iba acercando de manera implacable la fecha de tu ejecución. El periodista te calmaba, diciendo que el procedimiento de revisión de tu sentencia ante el Tribunal Supremo era muy lento pero que, más o menos, su tramitación concluiría semanas antes de la fecha de ejecución. Eso aplacaba tu inquietud, pese a que se retrasó reiteradamente la buena nueva. Pocos días antes de la fecha fatídica, el periodista te dijo que todo estaba solucionado. Aunque no se te había notificado la resolución del Tribunal Supremo, ésta estaba dictada y te era favorable. No obstante, el Gobierno pretendía dar un golpe de efecto ante la sociedad y estaba previsto que la sentencia se te notificase instantes antes de la ejecución, en el último minuto, como un gesto de magnanimidad que fuera apreciado por los sectores más progresistas de la sociedad.

El día de la ejecución, pese a que no podías evitar cierto temor, estabas más tranquilo de lo que solían estar los demás reos. El cura que acudió a asistirte y a acompañarte hasta el patíbulo te miró muy seriamente, te puso las manos en los hombros y te dijo: “Hijo mío, es muy importante que te arrepientas de tus pecados y que supliques el perdón de Dios.” Le sonreíste de una manera indefinible y le dijiste: “Padre,

me consta que esta ejecución se va a suspender”. El cura negó con la cabeza. “No, hijo. Te voy a decir algo que no he confesado jamás: además de la devoción por Nuestro Señor Jesucristo, le debo obediencia a la misma Hermandad a la que tú perteneces. El periodista con el que has estado hablando los últimos meses ahora mismo debe estar haciendo una llamada telefónica a uno de los Hermanos Supremos, el que ideó el plan que te ha glorificado. Le estará diciendo que todo ha salido tal como estaba planeado, que tú no has hablado con nadie y que el secreto de nuestra Hermandad sigue a salvo.” No pudiste soportar la angustia, pero tampoco pudiste hablar. El cura siguió negando con la cabeza mientras iniciaba junto a ti el camino por el largo pasillo gris que conducía a la muerte. “Prefiero que ni siquiera me lo preguntes, porque no existe ningún recurso ante el Tribunal Supremo. Eres un reo convicto y condenado; ya nada puede salvar tu vida terrenal.” Le miraste con desprecio. Él puso una mano sobre tu pecho y dijo: “No juzgues a nuestra sociedad con injusticia, hermano, porque es más lo que has recibido de la Hermandad que lo que ahora vas a perder. Te iniciaste en nuestros misterios el mismo día que probablemente hubieras muerto. Hemos salvado tu vida, hemos prolongado tu existencia, la hemos dotado de sentido y te has convertido en el ejecutor de un grandioso designio que modificará probablemente el curso de la Historia. Es uno de esos designios que ya ha ejecutado durante muchos siglos nuestra Hermandad y que seguirá disponiendo por el bien y el provecho de la Humanidad.” El cura prácticamente te arrastraba camino del patíbulo, agarrándote fuertemente de un brazo. Cuando llegaste, tus piernas temblaban. No eras capaz de articular ninguna palabra. El verdugo preguntó si tenías alguna última voluntad. El cura hizo un gesto con la mano mandándolo callar. “Ya está en paz con Dios.” Te dio la bendición. “Mueres en gloria de Dios, hijo.” El verdugo, con un gesto frío y aplicado, colocó una soga alrededor de tu cuello.